

Bolívar, "estatua que vuelve a ser hombre"

La deformación de la vida cultural española salta a la vista de cualquier observador. La dolencia es vieja y no vamos aquí a procurarle terapia o exu-torio. Es una más de las consecuencias de una sociedad desvertebrada, llena de protuberancias, vacíos y disfuncionalidades. Los políticos hacen frecuentes y ridículas incursiones por el ámbito de la ciencia, y los intelectuales ponen cerco al palacio de invierno para ocupar en él un lugar negado o realmente no querido en los anales del espíritu.

Así ocurre en los momentos del centenario del héroe caraqueño. Los discursos y soflamas de gobernantes y ministros reemplazan a los análisis y monografías de los historiadores, más afanosos de comparecer en las tribunas televisivas que en los foros especializados, donde su presencia es suplantada por americanistas anglosajones y francogermanos, no muy interesados ciertamente en que el protagonismo español en el proceso emancipador se haga acreedor a la contemplación objetiva e imparcial. Seguramente con el fin de remediar tan desairado espectáculo, la presidencia del Instituto de Cooperación Iberoamericana, desempeñada por un brillante licenciado en Medicina, se ha decidido a la reedición munífica de una vieja biografía de un

autor colombiano sobre «El Libertador», anclada en los más trasnochados patrones, quién sabe también si buscando como meta secundaria el fomento de la higiene intelectual y del sentido patriótico mediante su contraste con la célebre obra de don Salvador de Madariaga. El país funciona; al menos en los niveles indicados.

Situándonos en la misma onda que los rectores gubernamentales de la nación, de sus guías y mentores oficializados, todos ellos a la búsqueda insaciable de una «vagorosa» comunidad hispánica, no ofrece duda que la independencia hispanoamericana fue el mayor drama registrado por la historia de las dos últimas centurias. A partir de entonces, la metrópoli y sus antiguas Indias no han vuelto a tener la relevancia poseída hasta fines del setecientos, vagando como almas en pena en pos de unos elementos impulsores y aglutinadores desaparecidos desde aquella fecha y ya nunca vueltos a habitar en tierras de lengua castellana. El retoricismo de no muy buena ley del anterior régimen no supo, por exceso de paternalismo, calibrar la trascendencia del fenómeno, y el de la democracia no acierta a intuirlo por confusiónismo y anemia. Ningún lance del gozoso movimiento descolonizador puede, en verdad, compararse con el

que nos ocupa. Tales eran la fusión e integración casi totales de la civilización hispanoamericana. Como los ingleses fueron maestros en vivir en sus colonias del modo más rigurosamente británico, los españoles hicieron de las suyas otras tantas metrópolis. La patente nació con ellos y con ellos murió. De esta forma, no es, pues, extraño que el desconcierto fuera absoluto en los primeros estadios de la emancipación. El taifismo ibérico quedó muy superado por el corralismo intramuros y el chauvinismo extramuros de los países recién independizados. Sabido es la continua incertidumbre de Bolívar ante una coronación personal que veía como el mejor antídoto a dicha centrifugación, pero reluciente a sus convicciones íntimas. Esta fue quizá la venganza de la metrópoli frente a unos territorios que según la opinión imperante entre los estudiosos adelantaron en mucho el momento de su separación.

A ninguna otra causa cabe atribuir la pétreo resistencia que la emancipación suramericana encontró en su realización. Oligarquía y pueblo no querían expresarse en ella. La fracción de la élite que la consumó y llevó adelante nunca obtuvo respaldos mayoritarios. Huiémos de los ejemplos autoconfirmatorios; pero ¿quién no recuerda que los dos primeros presidentes del Perú pensaron hallar en la vuelta de los españoles la salida a la crisis de su flamante nación? Y sólo el carácter plu-tarquiano de San Martín evitó una lucha entre los caudillos emancipados de imprevisibles secuelas. La entrevista de Guayaquil fue, en efecto, un símbolo y a la vez una fotografía —perdónese el anacronismo filmico— de la mecánica emancipadora. Su unidad ideológica y política se presentaba imposible. Un partido único—y totalitario— era el instrumento capaz para forjarla. Pero los obstáculos geográfi-

cos y las limitaciones sociales lo hacían impensable. De ahí, insistimos, la obsesión monárquica que se apoderó de la mente de los líderes independentistas y aun de muchos de las generaciones siguientes.

¿Fue, pues, Bolívar un aprendiz de brujo? Una respuesta *matizada*, como exigen todas las grandes cuestiones his-toriográficas, convertiría esta nota en un libro. En el caso de «El Libertador», el culto al héroe puede seguir tributándosele sin problemas de escrupulosidad. Después de haber servido para cohesionar la nacionalidad venezolana, su figura ha entrado ya en el terreno de la ciencia y de la revisión. Ni su patriotismo ni sus dotes políticas se encuentran en entredicho y sólo sus laureles militares se ven parcialmente ajados por la crítica contemporánea. Pero la tesis que asentara Madariaga hace más de un cuarto de siglo entre la protesta generalizada de una hagiografía incalificable va camino de imponerse. Ni a corto ni a medio plazo las ilusiones cifradas en el fenómeno emancipador por sus principales adalides se cumplieron. Como ha subrayado recientemente con agudeza no desprovista de cierta vis polémica el más destacado americanista de su generación, el profesor sevillano Luis Navarro, el resultado inmediato de la independencia sólo supuso la infeudación de las nuevas clases dominantes a los intereses y directrices de los países anglosajones. La soberanía de las veintiuna flamantes repúblicas quedó de hecho secuestrada y la almoneda de su patrimonio se extendió desde Río Grande a la Tierra del Fuego. Sólo su legado cultural resistió al imparable avance. Y en el se sigue dirimiendo en la actualidad uno de los más decisivos episodios de hodierno. En efecto, propagandas aparte de comprensibles nacionalismos como el francés, la mundialización de la cultura bajo signo anglo-

sajón sólo encuentra hoy el freno y el valladar de lo hispánico o —aquí sí muy apropiadamente— de lo latinoamericano. Pronto quizá esta batalla se ventile definitivamente. Y entonces esas estatuas de Bolívar que, paradójicamente en tiempos de sañuda icono-clastia, se multiplican por las ciudades españolas, queden sin coronas, aunque sí tal vez con confetis.

Desde su patria «mayor», desde la antigua metrópoli de la Capitanía General de Venezuela, el bicentenario del nacimiento de su hijo más ilustre se asume y contempla como conmemoración propia. El que condenara a muer-

te a todo español por el mero hecho de serlo es blasón y cumbre de lo que antaño se denominaba' la hispanidad. Nada separa ya a los españoles de su figura y todo lo aproxima. La nueva glorificación de su personalidad a que estos días asistimos puede ser proclive a otra engañosa mitificación, pero cabe también convertirla en señal y aliento para redescubrir o reinventar el sistema político más creador, original y fecundo cara a afrontar el desafío de los tiempos venideros. De esa comunidad iberoamericana en estado hoy de magma o hibernación, Simón Bolívar sería, por paradoja de la historia, su mejor don Quijote.

J. M.C. T.*

* Catedrático. Universidad de Córdoba.